

JON D. LEVENSON, *Creation and the Persistence of Evil. The Jewish Drama of Divine Omnipotence*, Princeton University Press – New Jersey – 1994, 215 pp.

El A. es profesor de Estudios Judíos en *Harvard Divinity School* desde 1988. En este libro dinamiza la concepción de Dios volviendo a las fuentes bíblicas. En ese intento, desafía como consecuencia presentaciones tradicionales del Dios creador que gobierna omnipotente y sin discusión sobre lo creado, las cuales responden a la queja humana por el mal y la injusticia reinantes con un discurso sobre la libertad capaz de enfrentar al creador. El A., en cambio, ve en las fuentes hebreas a Dios autor del mundo como resultado de su primera victoria en la lucha contra el mal, que aún persiste y cuyo resultado final es incierto. Esto provoca una respuesta final de confianza, o de rebelión descreída.

Levenson no plantea una teodicea filosófica sino bíblica, en la que no se persigue justificar la existencia del mal, sino pedir a Dios su destrucción para que siga instaurando su victoria inicial en una lucha aun inconclusa. No se busca la explicación, sino la intervención divina. En esa disposición se trata de entender la creación como redención, el clamor de Job por una intervención divina, y los recursos de la lamentación. Se trata de “una teología de omnipotencia *in potentia*, omnipotencia recordada desde el pasado cosmogónico y esperada en el futuro escatológico, aunque sólo afirmada con fe en el desordenado presente” (xvi).

1. En la primera de las tres partes (“El dominio divino y la vulnerabilidad del orden”), el A. describe primero la soberanía de Dios en tensión con el caos que amenaza perturbar el orden. Compara las narraciones bíblicas de la creación con las paganas como *Enuma elish*, destacando el dominio majestuoso, que aparece en la historias del Génesis y los Salmos, entre Dios y su creación que surge a partir del “hágase”. Pero esto ocurre en el ámbito dinámico antes mencionado, por

lo que esta primera victoria sobre el caos debe ser sustentada ante el continuo resurgimiento del mal.

En un segundo capítulo, el A. considera precisamente la supervivencia del caos a pesar de la victoria inicial. Ante su reaparición en el diluvio, Dios reafirma la creación mediante el pacto con Noé, donde promete su asistencia para mantener las fuerzas adversas bajo el control del orden primordial; aunque éstas constituyen siempre una continua amenaza y permanece la tensión. Varios Salmos, como el 74, se hacen eco de dicha tensión o invocan el pacto como despertando a Yhwh para que actúe. La omnipotencia divina es así continuamente matizada con nuevos desafíos.

En el capítulo tercero, el A. muestra cómo la idea de la victoria cosmogónica primordial, influenciada por antiguos mitos cananeos y mesopotámicos, permanece válida y eficaz para el presente y futuro de Israel. Así se ve en el Apocalipsis de Isaías. Y una vez que desaparece del horizonte profético, se filtra en la apocalíptica judía y en la *hagadá* rabínica, sin olvidar su presencia en el culto.

Al concluir la primera parte, en el cuarto capítulo queda clara “la vitalidad del mal y la fragilidad de la creación”, pues los monstruos primordiales permanecen aletargados, como al acecho. Según la concepción dinámica del A., “Yhwh en esta teología es una deidad que puede ser aun despertada, que puede aun responder al grito angustiado de su comunidad cultural para alcanzar juntos una nueva victoria” (50). A esta altura, no hay espacio aun para la *creatio ex nihilo*, que se abrirá camino a través de textos como Sal 104 y en especial Gn 1, examinados a continuación.

2. Segunda parte: “La alternancia de caos y orden, Génesis 1,1–2,3”. En el quinto capítulo, el A. estudia el Sal 104, que no llega sino a poner orden en las aguas primordiales y marcar su momento a la oscuridad, siendo ambos elementos preexistentes. Se trata de “mantener los límites”, en expresión del A. En el sexto, “Creación en siete días”, se observa la continuación de la labor literaria hacia la construcción de Gn 1,1–2,3, atribuida por el A. a la fuente P, que produce un esquema hebdomadario. En su construcción se reflejan elementos comunes a esquemas similares de otros pueblos, como el combate por el mar, conquista de la tierra seca, construcción del templo y entronización de la deidad. La tradición P los “historiza” y reduce, sin eliminarlos, a la epopeya del cruce del Mar Rojo. Todas estas realidades son evocadas por el *Shabbat*,

en el que “la renovación anual del mundo ha llegado a ser un evento semanal” (77). De la mano del *midrás* rabínico, que conoce bien (capítulo séptimo), el A. percibe en Gn 1–2,3 y 1 Re 6–7 la relación entre la creación y el templo, que representa el ápice de la creación, donde reina Dios creador y rey victorioso. Al culto en ese templo (capítulo octavo), está asociado el descanso en su versión humanitaria, Dt 5,12-15, o como memoria del descanso primordial de Yhwh, Ex 20, 8-11, que el A. compara con la literatura del antiguo oriente próximo. La narración de P asocia este descanso al *Shabbat*, en el que toda persona se une al descanso de Dios. Como se ve en Lv 23,2-6, P ha conseguido, a través de Gn 1–2,3, reducir la creación del mundo, la tremenda tarea humana de custodiarla (v. 27) y la realeza de su creador, a una celebración semanal. Concluyendo esta segunda parte con “Caos neutralizado en el culto” (cap. 9), el A. reconoce con Weinfeld y Kaufmann que el segundo y tercer Isaías van camino de la trascendencia divina y la *creatio ex nihilo* de todo, luz y oscuridad, bueno y malo. Pero P no pretende, según el A., la exterminación del mal sino su control, en coexistencia con las fuerzas creadas por la palabra que hacen posible la existencia de este mundo. La creación de P debe verse como la construcción de un templo para el culto y las festividades, en la que Dios es el sacerdote israelita que organiza, separa y distingue con vistas a la santificación del *Shabbat*. Mientras el hombre se mantenga en este orden cultural creado, podrá coexistir con el mal y transformarlo, en orden a alcanzar una existencia renovada del mundo bueno que Dios diseñó y creó.

3. Tercera parte: “Creación y alianza: las dinámicas de señorío y sumisión”. El A. deduce de sus análisis que hay dos maneras bíblicas de referirse a Dios en el marco de un amplio monoteísmo (cap. 10, “Dos expresiones del monoteísmo bíblico”). En la primera, se refleja la victoria mítica de Yhwh, como la de Marduk, en la que el conjunto de dioses le quedan agradecidos y sometidos. La segunda se percibe en la alianza del Sinaí, en la que Israel se somete a Yhwh el soberano, ocupando los israelitas cultural y humanamente el lugar de los dioses. Pero este sometimiento necesita siempre de una continua reafirmación del frágil señorío de Yhwh ante la fragilidad del consentimiento de Israel, que debe ser renovado cada mañana y tarde con el *Shema*. El A. (139) cita un *midrás* tardío de *Sifre Deuteronomio* que comenta Is 43,12: “‘Entonces ustedes son mis testigos –declara el Señor– y Yo soy Dios’. Esto es, si ustedes son Mis testigos, Yo soy Dios; y si ustedes no son mis testigos, Yo de alguna manera no soy Dios”.

En la dialéctica de la teonomía de alianza (cap. 11), el A. expone el juego recíproco que se da, en el marco de una alianza calcada sobre los tratados de soberanía del próximo oriente, entre autonomía del hombre y heteronomía de Dios. Esa autonomía de Israel no es, sin embargo, a priori independiente, al modo liberal moderno; pues el vasallo Israel viene históricamente atado al soberano, desde la era patriarcal. Israel ha comenzado con deberes antes que derechos para incorporarse voluntariamente al orden que Dios ha creado, en el que asegura su bienestar y mantiene siempre una “cabeza de playa” salvadora contra las fuerzas del mal.

En el último capítulo, “Discusión y obediencia”, la persistencia del mal en la persistente creación de Dios da lugar a los interrogantes sobre la justicia divina en Gn 18 (destrucción de Sodoma), y sobre la obediencia sin condiciones que Dios espera del justo en Gn 22 (sacrificio de Isaac). Esta fidelidad radical sin cuestionamientos, así como la independencia del juicio crítico ante el mal, ambos en el marco de la creación de Dios, se dan en forma sobresaliente en el libro de Job. La fidelidad resplandece en la prosa del comienzo y el fin, si bien no se entiende qué “verdad” es la que Job ha hablado (42,7-8). El contenido del juicio crítico de Job no sería lo que se rechaza sino su insolencia al expresarlo. El discurso de los caps. 38–41 afirma que la creación no es “antropocéntrica sino teocéntrica”, y por tanto no se toleran reclamos o desafíos como el de Leviatán a la obediencia que requiere la alianza. Continúa aquí la convicción de que “Aunque la persistencia del mal parece socavar los reclamos magisteriales del creador-Dios, es precisamente por la sumisión a tales reclamos que el buen orden de la creación llega a existir” (156).

Hay observaciones tangenciales, no menos importantes, que se pueden hacer a la línea fundamental del autor. Por ejemplo, considera que la participación del creyente en la tarea escatológica de Dios creador para exterminar el mal se realiza a través de la Ley y su observancia, elementos ya implicados en la semana de la creación. En esa línea, el A. no comparte el mensaje paulino que, para él, menoscaba la importancia de la Ley en esa tarea común de Dios con el hombre y requiere en cambio la primacía de la fe en Cristo Jesús, el Señor. Por otra parte, es mérito sobresaliente de esta investigación el hecho de poner de relieve el dinamismo escatológico de la creación ante la persistencia del mal que nos acosa y que Dios se propone erradicar, con nuestra participación.

FELIPE L. DOLDAN